

Palabras a "El Tiempo"

por Sebastián Salazar Bondy

El año de 1946, el que esto escribe fué testigo, en Bogotá, de una pedrea al edificio de "El Tiempo" —el magnífico diario colombiano que hoy la dictadura ha obligado al silencio— por una muchedumbre de fanáticos partidarios de Jorge Eliecer Gaitán. Siete años después, en 1953, le fué dado contemplar cómo los censores del gobierno de Mariano Ospina Pérez estaban instalados en la redacción de aquel matutino, entregados a la innoble tarea de modificar o suspender los originales que iban destinados al taller. En ambas ocasiones, los hombres de "El Tiempo" soportaban el ataque material y moral con la entereza de quienes, no obstante las cadenas, son honda y tenazmente libres. Hoy, cuando afrontan una de las situaciones más críticas de su existencia como soldados de la prensa democrática, es posible, a la distancia, distinguir la misma viril actitud. La solidaridad del periodismo continental, tan abrumadora en el caso del diario colombiano como ante el atropello contra "La Prensa" de Buenos Aires, expresa muy bien la simpatía que la lucha sin pausa librada por "El Tiempo" ha despertado en la conciencia de toda América.

Democracia y Paz

"El Tiempo" es una muestra patente de periodismo moderno y vital. No en vano es que, al comentar la dictatorial medida adoptada por Rojas Pinilla, casi todos sus colegas de éste y el otro hemisferio han hecho hincapié en la circunstancia de que aquel diario ha sido y es un orgullo de la cultura americana. Escrito con claridad y sencillez, sin desdén por la elegancia del lenguaje, pero tampoco alejado de la sensibilidad popular, "El Tiempo" reúne en sus páginas la información objetiva y actual con la opinión valiente y serena. A través de sus páginas es posible tener una noción completa y varia de la vida de Colombia, desde aquella que bulla en las calles de las diversas ciudades importantes del territorio de ese país hermano, hasta la que se da sin datos visibles en el juego de la política, la economía o la cultura. Un suplemento dominical proporciona semanalmente un conjunto de artículos literarios y científicos de alto valor, acogiéndolos especialmente los que tratan asuntos latinoamericanos o están firmados por escritores calificados de habla castellana.

La defensa de las instituciones civiles de Colombia, tan melladas durante la última década por el desborde de la violencia, ha sido el principio fundamental que ha regido el pensamiento de los dirigentes de "El Tiempo" en los años recientes. Y dentro de ese

objetivo, la prédica de la pacificación, nunca por cierto a costa del silencio o la mentira, ha ocupado en él un primer plano. Sólo la intolerancia de la gula política, el engeguimiento propio de una pasión irracional, ha sido incapaz de comprender que con quienes ponen sobre la mesa cartas tan limpias es posible el entendimiento. La tensión determinada por aquella falta de generosidad acaba de alcanzar su clímax con la clausura del órgano más autorizado de la opinión pública colombiana. La tradición cívica de más de un siglo del país norteño ha sido definitivamente interrumpida con tal acto de escandalosa arbitrariedad.

Respeto y Bienestar

Pero está errado en inconmensurable medida quién piense que la clausura de "El Tiempo" acallará el clamor ciudadano. Como ha dicho "El Espectador", en un editorial que la censura de Bogotá prohibió, pero que el lector peruano conoce porque ha sido transcrito en LA PRENSA y "La Crónica", "siempre fueron transitorias y efímeras las victorias —si victorias pudo llamárseles— que sobre la pluma pudo alcanzar la espada". A la injusticia que significa la clausura, tendrán que seguir, si el Gobierno colombiano no enmienda su línea, otras injusticias, otros desmanes, otros hechos vergonzosos, y nunca se supo que esta generación de errores no condujera a la postre al caos. En "El Tiempo" de Bogotá está buena parte de la más brillante intelectualidad de Colombia. Junto a Roberto García Peña, su valeroso director, se hallan Jaime Posadas, Hernán Téllez, "Calibán" y otras figuras del periodismo colombiano. Nadie duda que la fuerza puede amordazarlos y hasta destruirlos, pero es evidente también que sus ideas, expuestas día a día en el papel impreso, se han multiplicado y constituyen hoy una maciza resistencia contra el régimen ambicioso y hostil que en Colombia impera.

Tanto en 1946 cuanto en 1953, el autor de esta nota comprobó en los cafés, en la vía pública, en las tertulias íntimas, en el campo, que el pueblo colombiano estaba al lado de la democracia y, por ende, al lado de "El Tiempo". Las presentes líneas quieren ser, no sólo la adhesión del amigo y el colaborador, sino también la expresión del pensamiento del hombre peruano que, como el de todas las latitudes de este adolorido continente, quiere para sus ideas el respeto que merecen y que anhela, dentro de una sociedad basada en la justicia, conseguir el indispensable bienestar para su existencia y para su espíritu.

LP 08/1956